

tos, diciendo que ya la había presentado al consejo. Esto no era muy exacto, pero no se fijó en ello mucho la atención, y se pasó adelante. Habiendo rehusado la cartera de Justicia Francisco de Neufchateau, encargóse de ella Garat, escritor distinguido, é ideólogo ingenioso, que llegó á ser célebre por su excelente redacción del *Diario de París*.

Serván, cansado de una administración laboriosa, no superior á sus facultades, pero sí á sus fuerzas, prefirió el mando del ejército de observación que se formaba á lo largo de los Pirineos. El ministro Lebrún, que ya tenía la cartera de Estado, se encargó también provisionalmente de la de Guerra. En cuanto á Roland, presentó al fin su dimisión, porque estaba cansado de una anarquía tan contraria á su probidad y á su inflexible amor al orden. Los girondinos propusieron á la Asamblea que le invitase á conservar la cartera; pero los montañeses, y particularmente Dantón, á quien Roland había contrariado mucho, se opusieron á dar este paso, por creerlo poco digno de la Asamblea. Dantón le tachaba de ser débil y de que se dejase gobernar por su mujer; respondióse á lo de su debilidad por la lectura de la carta del 3 de septiembre, y aun se hubiera podido contestar recordando la oposición que halló Dantón en el consejo, pero se pasó á la orden del día. No obstante, instado por los girondinos y por todos los hombres de bien, Roland permaneció en el ministerio, no sin escribir á la Asamblea una carta en la cual decía noblemente:

«Me quedo porque la calumnia me ataca, porque me esperan peligros, porque la Convención parece desear que continúe todavía en mi puesto. Es demasiado glorioso, añadía al terminar su epístola, que se me haya censurado por haberme unido con el valor y la virtud.»

La Asamblea se dividió luego en diversos comités; creóse uno de vigilancia compuesto de treinta individuos; otro de guerra, de veinticuatro; un tercero de cuentas, de quince; un cuarto de legislación criminal y civil, de cuarenta y ocho, y un quinto que debía entender en los asignados, la moneda y la hacienda, de cuarenta y dos. El sexto comité, más importante que todos los demás, se encargó del principal asunto para el cual se había reunido la Convención, es decir, para preparar un proyecto de Constitución. Se compuso de nueve representantes diversamente célebres, elegidos casi todos según los intereses de la derecha. La filosofía estuvo

representada en las personas de Sieyès, de Condorcet y del americano Tomás Payne, recientemente elegido ciudadano francés, é individuo de la Convención Nacional; Gensonné, Vergniaud, Petión y Brissot representaban particularmente á la Gironda; Barrere el centro, y Dantón á la Montaña. Sin duda parecerá extraño ver á este inquieto tribuno, tan poco especulado, colocado en ese comité completamente filosófico; y parece que Robespierre era más propio para ocupar este puesto por su carácter, si no por su talento. La verdad es que Robespierre ambicionaba mucho más esta distinción, y que le resintió profundamente no obtenerla. Se otorgó de preferencia á Dantón, que por su ingenio natural era á propósito para todo, y á quien no separaba todavía de sus colegas ningún resentimiento. Esta composición del comité fué la causa de que se prolongaran tanto los trabajos de la Constitución.

Después de haber provisto de este modo al restablecimiento del orden en la capital, á la organización del poder ejecutivo, á la distribución de los comités y los preparativos de la Constitución, faltaba resolver el último punto, uno de los más graves de que debía ocuparse la Asamblea, la suerte de Luis XVI y de su familia. Habíase guardado en la Asamblea el más profundo silencio acerca de esta cuestión, mientras se hablaba de ella en todas partes, en los jacobinos, en el Ayuntamiento, y en los sitios públicos ó particulares: sólo la Convención callaba sobre este punto. Habíase cogido á varios emigrados con las armas en la mano, y se les conducía á París para aplicarles las leyes criminales. Con este motivo se elevó una voz (era la primera) para preguntar si en vez de ocuparse de aquellos culpables subalternos, no se pensaría en otros culpables más elevados que estaban en el Temple.

Al oír estas palabras reinó el silencio en la Asamblea: Barbaroux fué el primero en tomar la palabra, y dijo que antes de saber si la Convención juzgaría á Luis XVI, debía resolverse si se constituiría en autoridad judicial, pues le era preciso juzgar á otros culpables además de los del Temple. Al suscitar esta cuestión, Barbaroux aludía al proyecto de constituir á la Convención en tribunal extraordinario, para juzgar por sí misma á los *perturbadores*, á los *triunviros*, etc. Después de algunos debates se pasó la proposición al comité legislativo para examinar las cuestiones á que daba origen.

CAPÍTULO II

Situación militar á fines de octubre de 1792.—Bombardeo de Lila por los austriacos.—Toma de Worms y de Maguncia por Custine.—Falta de nuestros generales.—Malas operaciones de Custine.—Ejército de los Alpes.—Conquista de Saboya y de Niza.—Dumouriez regresa á París.—Su posición respecto á los partidos.—Influencia y organización del club de los jacobinos.—Estado de la sociedad francesa.—Salones de París.—Entrevista de Marat y de Dumouriez.—Anécdota.—Segunda lucha de los girondinos contra los montañeses.—Louvet denuncia á Robespierre.—Contestación de Robespierre.—La Asamblea desatiende la acusación.—Primeras proposiciones acerca del proceso de Luis XVI.

La situación militar de Francia estaba cambiada en aquel momento: á mediados de octubre se había rechazado ya al enemigo de la Champaña y de Flandes, y el suelo extranjero estaba invadido por tres puntos, el Palatinado, Saboya y el condado de Niza.

Hemos visto á los prusianos retirarse del campamento de la Luna, tomar de nuevo el camino del Argona, llenando los desfiladeros de muertos y enfermos, y escapar de una destrucción completa sólo por el descuido de nuestros generales, que se proponían cada cual un objeto distinto. El duque de Sajonia-Teschén no había obtenido mejor resultado en su ataque contra los Países Bajos. Mientras que los prusianos marchaban por el Argona, este príncipe, no queriendo quedarse atrás, creyó de su deber intentar alguna empresa brillante; pero aunque nuestra frontera del Norte estaba mal guardada, los medios de aquel jefe no eran mucho más poderosos que los nuestros, y apenas pudo reunir quince mil hombres con un material mediano. Simulando ataques en toda la línea de las plazas fuertes, se apoderó de uno de nuestros pequeños campamentos, dirigiéndose de pronto á Lila para intentar un sitio que los más célebres generales no pudieron emprender con numerosos ejércitos y un inmenso material. Sólo la posibilidad del éxito justifica en la guerra las empresas crueles: el duque no pudo abordar más que por un punto de la plaza, y estableciendo allí baterías y obuses, la bombardeó durante seis días consecutivos, incendiando más de doscientas casas. Dícese que la archiduquesa Cristina quiso presenciar por sí misma tan horrible espectáculo: si es así, sólo pudo ser testigo del heroísmo de los sitiados y de la inutilidad de las barbaries austriacas. Los habitantes de Lila, resistiendo con noble obstinación, no consintieron jamás en rendirse; y el 8 de octubre, mientras que los prusianos abandonaban el Argona, el duque Alberto se veía en la precisión de retirarse de Lila. El general Labourdonnaie, que llegaba de Soissons, y Bournonville, procedente de la Champaña, le obligaron á alejarse rápidamente de nuestras fronteras, y la resistencia del pueblo de Lila, publicada por toda Francia, aumentó el entusiasmo general.

Poco más ó menos hacia la misma época Custine intentaba en el Palatinado atrevidas empresas, de un resultado más brillante que positivo. Agregado al ejército de Birón que acampaba á lo largo del Rhin, hallábase con 17.000 hombres á poca distancia de Espira. El gran

ejército invasor había cubierto muy débilmente su retaguardia al avanzar por el interior de Francia. Reducidos destacamentos cubrían á Espira, Worms y Maguncia, y habiéndolo notado Custine, marchó sobre el primero de dichos puntos, donde entró sin resistencia el 30 de septiembre. Enardecido por el éxito, penetró el 5 de octubre en Worms, sin encontrar mayores dificultades, y obligó á una guarnición de 2.700 hombres á entregar las armas. Apoderóse después de Franckenthal, y pensó al momento en la importante plaza de Maguncia, que era el punto de retirada de más interés para los prusianos, y en el cual tuvieron la imprudencia de no dejar sino una mediana guarnición. Sin más que 17.000 hombres, y careciendo de material, Custine no podía intentar un sitio, pero probó un golpe de mano. Las ideas que habían sublevado á Francia agitaban entonces á toda la Alemania, y particularmente á las ciudades donde había universidad: Maguncia era una de ellas, y Custine buscó inteligencias. Acercóse á las murallas, se alejó por haberse propalado la falsa noticia de la llegada de un cuerpo austriaco; volvió otra vez, y practicando grandes movimientos, engañó al enemigo respecto á la fuerza de su ejército. Entonces se deliberó en la plaza; el proyecto de capitular fué apoyado fuertemente por los partidarios de Francia, y el 21 de octubre abrieron á Custine las puertas de la ciudad. La guarnición rindió las armas, excepto ochocientos austriacos que fueron á incorporarse con el gran ejército. La noticia de estos triunfos circuló rápidamente, causando extraordinaria sensación. Sin duda que habían costado muy poco; no eran tan meritorios como la constancia de los habitantes de Lila y la magnánima serenidad de que se había dado pruebas en Sainte-Menehould; pero gustaba mucho pasar de la simple resistencia á la conquista. Hasta entonces todo hubiera estado bien hecho por parte de Custine, si apreciando su posición hubiese sabido terminar la campaña con un movimiento que era posible y decisivo.

En aquel instante, los tres ejércitos de Dumouriez, de Kéllermann y de Custine se hallaban situados, por el más feliz encuentro, de tal manera que podían aniquilar á los prusianos, conquistando con una sola marcha toda la línea del Rhin hasta el mar; si Dumouriez, menos preocupado por otra idea, hubiese conservado á Kéllermann bajo sus órdenes, persiguiendo á los prusianos con sus ochenta mil hombres; y si Custine, ba-

jando al mismo tiempo por el Rhin, desde Maguncia á Coblenza, se hubiera lanzado por la espalda, se les habría copado infaliblemente. Siguiendo después el curso del Rhin hasta Holanda, encontrábase al duque Alberto y obligábasele á deponer las armas ó á abrirse paso, quedando de este modo sometidos todos los Países Bajos. Tréveris y Luxemburgo, comprendidos en la línea que hemos descrito, caían necesariamente en nuestro poder; todo sería Francia hasta el Rhin, y la campaña terminaba en un mes. Sobrado genio tenía Dumouriez; pero sus ideas habían tomado otro rumbo: ardiendo en deseos de volver á Bélgica, sólo pensaba en marchar directamente para socorrer á Lila y rechazar al duque Alberto, y dejó solo á Kéllermann para ir sobre los prusianos. Este general podía aún dirigirse á Coblenza, pasando entre Luxemburgo y Tréveris, mientras que Custine bajaría de Maguncia; pero Kéllermann, poco emprendedor y no confiando lo suficiente en sus tropas, que parecían rendidas, se acantonó alrededor de Metz. Custine, por su parte, queriendo ser independiente y emprender brillantes incursiones, no tenía el menor deseo de reunirse con Kéllermann, encerrándose en el límite del Rhin, y por lo tanto no pensó nunca en ir á Coblenza. Así se descuidó aquel magnífico plan, tan bien comprendido y desarrollado por el más grande de nuestros historiadores militares.

A pesar de su talento, Custine era altanero, arrebatado y voluble; su proyecto era declararse independiente de Birón y de todos los demás generales, y concibió la idea de conquistar cuanto le rodeaba. Si se apoderaba de Manheim, exponíase á violar la neutralidad del elector palatino, lo cual le prohibía el consejo ejecutivo; y en su consecuencia pensó alejarse del Rhin para avanzar por Alemania. Francfort, situado sobre el Mein, le pareció una presa envidiable, y resolvió marchar sobre este punto; pero aquella ciudad libre, comerciante, siempre neutral en las diversas guerras, y bien dispuesta para los franceses, no merecía tan enojosa preferencia. No estando defendida, era fácil entrar; pero difícil permanecer en ella, y por consiguiente inútil ocuparla. Esta excursión no podía tener más que un objeto, el de levantar contribuciones, y no era justo imponerlas á un pueblo de ordinario neutral, animado de buenos deseos, y que por ellos merecía la benevolencia de Francia, cuyos principios aprobaba deseando su buen éxito. Custine cometió la falta de entrar en ella, en 27 de octubre, levantó contribuciones, excitando el enojo de los habitantes, que se convirtieron en otros tantos enemigos de los franceses; y lanzándose así sobre el Mein, se expuso á que le cortasen la retirada del Rhin, ya los prusianos, si se hubieran remontado hasta Bingen, ó bien el elector palatino, si rompiendo la neutralidad hubiese salido de Manheim.

La noticia de estas correrías en territorio extranjero siguió causando mucha alegría en Francia, que se admiraba de conquistar algunos días después de haber temido tanto que la conquistasen. Alarmados los prusianos echaron un puente volante sobre el Rhin para remontar á lo largo de la orilla derecha y rechazar á los franceses; pero afortunadamente para Custine, emplearon doce días en el paso del río. El desaliento, las enfermedades y la separación de los austriacos habían reducido aquel ejército á cincuenta mil hombres. Cler-

fayt, con sus diez y ocho mil austriacos, siguió el movimiento general de nuestras tropas hacia Flandes, y avanzaba en auxilio del duque Alberto. El cuerpo de emigrados había sido licenciado, y esta brillante milicia fué á reunirse con el ejército de Condé ó pasó á servir al extranjero.

Mientras ocurrían estos sucesos en la frontera del Norte y del Rhin, alcanzábamos otras ventajas en la de los Alpes. Montesquiou, al frente del ejército del Mediodía, invadía la Saboya, haciendo que uno de sus subalternos ocupase el condado de Niza. Este general, que en la Constituyente reveló tener todas las luces de un hombre de Estado, y á quien no dejaron tiempo para dar á conocer las cualidades de militar, de que aseguran estaba dotado, había recibido orden de comparecer en la barra de la Legislativa para dar cuenta de su conducta, pues se le acusaba de lentitud. Después de haber convencido á sus acusadores de que sus tardanzas consistían en la falta de medios y no en la de celo, volvió á los Alpes; pero pertenecía á la primera generación revolucionaria y era incompatible con la nueva. Citado por segunda vez, iba á ser destituido, cuando se supo su entrada en Saboya; entonces se suspendió la orden y dejósele continuar su conquista.

Según el plan concebido por Dumouriez cuando en su calidad de ministro de Estado regía á la vez la diplomacia y la guerra, Francia debía llevar sus ejércitos hasta sus fronteras naturales, el Rhin y la alta cadena de los Alpes. Para ello era preciso conquistar la Bélgica, Saboya y Niza; y de este modo tenía Francia la ventaja, volviendo á los principios, de no despojar sino á los dos únicos enemigos que le hacían la guerra, la Casa de Austria y la corte de Turín. De este plan, frustrado por abril en Bélgica, y diferido hasta entonces en Saboya, iba Montesquiou á ejecutar una parte. Confió una división al general Anselmo para pasar el Var y dirigirse sobre Niza al primer aviso; marchó él mismo con la mayor parte de su ejército, desde Grenoble, contra Chambery; mandó á Saint-Genies amenazar á las tropas sardas; y avanzando él desde el fuerte Barraux á Montmelián, consiguió dividirlos y rechazarlos á los valles. Mientras sus oficiales las perseguían, marchó contra Chambery, donde entró triunfalmente el 28 de septiembre con gran satisfacción de los habitantes, que amaban la libertad como verdaderos hijos de las montañas, y á los franceses como hombres que hablan la misma lengua, tienen iguales costumbres y pertenecen al mismo suelo. Montesquiou formó al punto una asamblea de saboyanos para que deliberasen sobre una cuestión que no podía ser dudosa, es decir, la de su reunión con Francia.

En el mismo momento, Anselmo, reforzado con seis mil marselleses que había pedido como auxiliares, se había aproximado al Var, torrente desigual, como todo aquellos que bajan de las altas montañas, tan pronto caudaloso como seco y sin admitir nunca un puente fijo. Anselmo cruzó atrevidamente el Var y ocupó á Niza, que acababa de abandonar el conde de Saint-André, y donde los magistrados le instaron á que entrase pronto á fin de contener los desórdenes del populacho, entregado al saqueo y al pillaje. Las tropas sardas se retiraron á los altos valles, persiguiéndolas Anselmo; pero detúvose ante un punto temible, el de Saorgio, del cual

no pudo expulsar nunca á los piemonteses. Entretanto, la escuadra del almirante Truguet, combinando sus movimientos con los del general Anselmo, había conseguido la rendición de Villafranca, avanzando después hacia el pequeño principado de Oneille. En este puerto solían buscar asilo muchos corsarios, y por esta razón no era inútil apoderarse de él; pero cuando avanzaba una lancha francesa para parlamentar, hiciéronle una descarga cerrada, violando el derecho de gentes, de la cual resultaron varios muertos. El almirante, alineando entonces sus buques delante del puerto, le abrasó con sus fuegos; después desembarcó algunas tropas, que saquearon la ciudad, haciendo una gran matanza de monjes, muy numerosos allí y que al parecer habían sido los instigadores de aquella infamia. Tal es el rigor de las leyes militares, y la desgraciada ciudad de Oneille le sufrió sin merecer misericordia. Después de esta expedición, la escuadra francesa volvió á las aguas de Niza, donde Anselmo, separado del resto de su ejército por las crecidas del Var, estaba peligrosamente comprometido. Sin embargo, previniéndose contra Saorgio, y contemporizando con los habitantes más de lo que solía hacerlo, su posición era sostenible y podía conservar su conquista.

Montesquiou avanzaba entretanto desde Chambery sobre Ginebra é iba á encontrarse frente á Suiza, muy diversamente dispuesta respecto á los franceses, y que veía en la invasión de Saboya un peligro para su neutralidad.

Los sentimientos de los cantones respecto á nosotros eran muy distintos. Todas las repúblicas aristocráticas condenaban nuestra revolución; Berna, sobre todo, y su *avoyer* Stinger, la aborrecían profundamente, tanto más cuanto que el país de Vaud, tan oprimido antes, la tenía en mucho aprecio. La aristocracia helvética, excitada por Stinger y el embajador inglés, pedía la guerra contra nosotros, tomando por motivo la matanza de los suizos el 10 de agosto, el desarme de un regimiento en Aix, y por último la ocupación de los desfiladeros de Porentrey, que dependían del obispado de Basilea, y que Birón había mandado ocupar para cerrar el Jura. El partido moderado prevaleció, no obstante, y resolvióse una neutralidad armada. El cantón de Berna, más irritado y celoso, envió un cuerpo de ejército á Nyón, y bajo el pretexto de haber hecho una petición los magistrados de Ginebra, puso guarnición en esta ciudad.

Según los antiguos tratados, en caso de guerra entre Francia y Saboya, Ginebra no debía recibir guarnición de ninguna de las dos potencias. Nuestro agente diplomático se retiró acto continuo, y el consejo ejecutivo, excitado por Claviere, en otro tiempo desterrado de Ginebra y deseoso de introducir allí la revolución, ordenó á Montesquiou que hiciese cumplir los tratados, encargándole además que pusiera él mismo guarnición en la plaza, para imitar la falta en que incurrieron los de Berna.

Montesquiou comprendió desde luego que no tenía entonces los medios de apoderarse de Ginebra, y que violando la neutralidad y empeñando la guerra con Suiza, quedaba abierto el Este de Francia y se descubriría el flanco derecho de nuestra línea defensiva. En su consecuencia, resolvió intimidar por una parte á Ginebra, mientras por la otra trataría de hacer comprender

la razón al consejo ejecutivo. Pidió, pues, resueltamente la salida de las tropas de Berna, tratando de persuadir al ministerio francés de que no podía exigirse más. En caso extremo, su proyecto se reducía á bombardear á Ginebra, dirigiéndose luego al cantón de Vaud por una atrevida marcha á fin de insurreccionarle. Ginebra consintió en la salida de las tropas, con la condición de que Montesquiou se retirase á diez leguas de distancia, lo cual hizo en el acto. Sin embargo, esta concesión fué muy censurada en París, y Montesquiou, situado en Carouge, donde le rodeaban los desterrados ginebrinos que deseaban entrar en su patria, fluctuaba entre el temor de indisponer á Francia con Suiza y el de desobedecer al consejo ejecutivo, que desconocía las miras militares y políticas más sabias. Esta negociación, prolongada á causa de las distancias, no estaba aún próxima á terminarse, aunque eran llegados los últimos días de octubre.

Tal era, pues, el estado de nuestros ejércitos en octubre de 1792, desde Dunkerque hasta Basilea y desde aquí á Niza. La frontera de Champaña quedaba libre de la gran invasión; las tropas salían de esta provincia en dirección á Flandes, para socorrer á Lila é invadir la Bélgica. Kéllermann establecía sus cuarteles en Lorena; Custine, independiente ya de Birón, dueño de Maguncia, y recorriendo imprudentemente el Palatinado y hasta el Mein, regocijaba á Francia con sus conquistas, inspiraba temores á Alemania, y exponíase temerariamente á ser cortado por los prusianos, quienes remontando la orilla derecha del Rhin, y aunque desalentados y con muchos enfermos, eran, sin embargo, suficientemente numerosos para envolver al reducido ejército francés.

Birón seguía acampado siempre á lo largo del Rhin; Montesquiou, dueño de Saboya por la retirada de los piemonteses más allá de los Alpes, y preservado de nuevos ataques por efecto de las nieves, debía decidir la cuestión de la neutralidad suiza por las armas ó por negociaciones. Por último, Anselmo, dueño de Niza y apoyado por una escuadra, podría resistir en su posición á pesar de las avenidas del Var y á despique de los piemonteses agrupados sobre él en el puerto de Saorgio.

Mientras la guerra iba á trasladarse desde la Champaña á Bélgica, Dumouriez había pedido licencia para ir á París, sólo por dos ó tres días, á fin de concertar con los ministros la invasión de los Países Bajos y el plan general de todas las operaciones militares. Sus enemigos propalaron el rumor de que sólo iba para que le aplaudieran, y que descuidaba los deberes de su mando únicamente por satisfacer una frívola vanidad. Estas censuras eran exageradas, pues el mando de Dumouriez no se resentía de una breve ausencia, porque en rigor no era necesario para que las tropas hicieran simples marchas. Su presencia, en cambio, debía ser muy útil al consejo para resolver un plan general; y por otra parte, bien se le podía dispensar una impaciencia de adquirir gloria, tan general en los hombres, y tan excusable cuando no perjudica á sus deberes.

Dumouriez llegó el 11 de octubre á París, donde su posición era embarazosa, pues no podía estar bien con ninguno de los partidos. La violencia de los jacobinos le repugnaba, y había roto con los girondinos al expulsarlos algunos meses antes del ministerio. Sin embargo,

muy bien acogido en toda la Champaña, lo fué mejor aún en París, sobre todo por los ministros y por el mismo Roland, quien olvidaba sus resentimientos personales cuando se trataba de la cosa pública.

El general se presentó el 12 en la Convención, y apenas se le hubo anunciado resonaron por todas partes aplausos y aclamaciones. Pronunció un discurso sencillo, aunque enérgico, bosquejando brevemente toda la campaña del Argona y haciendo los mayores elogios de sus tropas y del mismo Kéllermann. Su estado mayor presentó después una bandera cogida á los emigrados, y ofrecióla á la Asamblea como un monumento de la vanidad de sus proyectos. Los diputados rodearon entonces al general y levantóse la sesión para dar libre curso á las felicitaciones.

Los numerosos representantes de la Llanura, los *imparciales*, como entonces se les llamaba, fueron los que le manifestaron más vivas simpatías, pues no tenían que reconvenirle por su rompimiento ni por tibieza revolucionaria. Los girondinos no se quedaron tampoco atrás; pero bien por su propia falta, ó por la de Dumouriez, la reconciliación no fué completa, pudiendo notarse entre ellos un resto de frialdad. Los montañeses, que le habían censurado un instante por su afecto á Luis XVI, y que hallaron en él gran semejanza con los girondinos por sus modales, su mérito y su elevación, no vieron con buenos ojos los testimonios que recibía de aquéllos, suponiéndolos más significativos de lo que eran realmente.

Después de la Convención, faltaba visitar á los jacobinos; esta potencia había llegado á ser ya tan imponente, que el victorioso general no se podía dispensar de rendirla homenaje, pues de ella partía la opinión que formaba todos sus proyectos y decretaba los acuerdos. Si se trataba de una ley importante, de una grave cuestión política ó de una gran medida revolucionaria, los jacobinos, siempre preparados, apresurábanse á entablar la discusión y emitir su parecer. Acto continuo diseminábanse en el Ayuntamiento y en las secciones; escribían á todos los clubs afiliados, y la opinión que emitían, el deseo que expresaban, volvía en forma de exposición de todos los puntos de Francia, y de petición armada de todos los barrios de París. Cuando en los consejos municipales, en las secciones y en todas las asambleas revestidas de una autoridad cualquiera, se vacilaba todavía sobre una cuestión, por un último respeto á la legalidad, los jacobinos, que se juzgaban tan libres como el pensamiento, la zanjaban atrevidamente, y la insurrección estaba siempre preparada muy de antemano. Habían deliberado durante un mes sobre la del 10 de agosto; y además de esta iniciativa en todas las cuestiones, arrogábanse un derecho de fiscalización inexorable en los más insignificantes actos del gobierno. Si un ministro, un jefe de oficina ó algún contratista llegaban á ser objeto de una acusación, poníanse en movimiento los comisionados de los jacobinos, hacían que se les abriesen las oficinas y pedían estrechas cuentas, las cuales les eran presentadas sin altivez, sin desdén y sin impaciencia. Todo ciudadano que creía tener motivos de queja por un acto cualquiera, podía presentarse á la sociedad con la confianza de hallar defensores oficiosos para dispensarles justicia. Un día eran soldados que se quejaban de sus oficiales, ó trabajadores de sus

maestros; otro una actriz que reclamaba contra su director, y hasta se dió el caso de que un jacobino pidiera satisfacción del adulterio cometido con su mujer por uno de sus colegas.

Todos se apresuraban á inscribirse en los registros de la sociedad para dar prueba de celo patriótico. La mayor parte de los diputados recientemente llegados á París se presentaron también al punto, habiéndose contado hasta ciento trece en una semana; y aun aquellos que no tenían intención de asistir á las sesiones, pedían que se les admitiese en ellas. Las sociedades afiliadas escribían desde el fondo de sus provincias para tomar informes sobre si los diputados de sus departamentos se habían presentado y eran asiduos. Los ricos de la capital procuraban que se les perdonase su opulencia asistiendo á los jacobinos, para cubrirse allí con el gorro encarnado, y sus trenes se agrupaban á la puerta de aquella mansión de la igualdad. Mientras que la sala estaba ocupada completamente por los jacobinos, y llenaba el público las tribunas de bote en bote, una inmensa multitud, mezclada con los coches y los caballos, esperaba en la puerta, solicitando entrada á gritos. Algunas veces acababa por irritarse, cuando la lluvia, tan frecuente en París, añadía un nuevo motivo de enojo al causado por la espera; y entonces, algún jacobino pedía se admitiese el *buen pueblo* que padecía á las puertas de la sala. Marat había reclamado á menudo en semejantes ocasiones, y cuando se acordaba la admisión, ó antes algunas veces, penetraba una inmensa multitud de hombres y mujeres, que iban á mezclarse con los individuos de la sociedad. Al declinar el día comenzaban á reunirse los jacobinos: la cólera, excitada y contenida en la Convención, se exhalaba allí libremente; la noche, la multitud de personas, todo, en fin, contribuía á calentar las cabezas; con frecuencia se prolongaba la sesión, generando en un tumulto espantoso; y los agitadores tomaban nuevas fuerzas para hacer al día siguiente más andaces tentativas. Sin embargo, esta sociedad, tan avanzada en demagogia, no era todavía lo que fué más tarde; tolerábanse aún á la puerta los carruajes de aquellos que asistían á la reunión para abjurar la desigualdad de las condiciones; algunos individuos habían hecho inútiles esfuerzos para hablar con el sombrero puesto, pero siempre se les obligaba á descubrirse. Cierta Brissot acababa de ser excluido por un acuerdo solemne; pero Petión continuaba presidiendo en medio de los aplausos; Chabot, Collot-d'Herbois y Fabre d'Eglantine eran los oradores favorecidos; Marat parecía extraño aún, y al hablar de él Chabot decía, en el lenguaje propio de aquel sitio, *que era un puercu-espín que no se podía coger por ninguna parte*.

Dumouriez fué recibido por Dantón, que era presidente aquel día; acogiéndose con numerosos aplausos, y al verle se le perdonó la supuesta amistad de los girondinos. Después de pronunciar algunas palabras apropiadas á la situación, el general prometió *marchar, antes de fin de mes, á la cabeza de setenta y seis mil hombres, para atacar á los reyes y salvar á los pueblos de la tiranía*.

Dantón, contestando en un estilo análogo, le dijo que al reunir á los franceses en el campamento de Sainte-Menehould había merecido bien de la patria; pero que ante él se abría una nueva carrera, que debía hacer que cayesen las coronas ante el gorro encarnado

con el cual le honraba la sociedad, y que entonces figuraría su nombre entre los más esclarecidos de Francia. Collot-d'Herbois le arengó después, pronunciando un discurso que nos da á conocer á un tiempo el lenguaje de la época y las disposiciones respecto al general.

«No es un rey quien te ha nombrado, ¡oh Dumouriez!, son tus conciudadanos. Recuerda que un general de la república no debe servir jamás á nadie sino á ella. Ya habrás oído hablar de Temístocles; acababa de salvar á Grecia en Salamina, pero calumniado por sus enemigos, vióse en la precisión de ir á buscar un refugio entre los tiranos; y cuando se le propuso servir contra su patria, por toda respuesta se hundió la espada en el corazón. ¡Dumouriez, tú tienes enemigos y serás calumniado; acuérdate de Temístocles!

»Los pueblos esclavos esperan tu auxilio, y bien pronto los liberrarás. ¡Qué gloriosa misión! Es preciso, sin embargo, que reprimas algunos excesos de generosidad con tus enemigos. *Has acompañado al rey de Prusia un poco demasiado á la francesa...*; mas esperamos que el Austria pagará doble.

»Irás á Bruselas, Dumouriez... nada tengo que decirte...; sin embargo, si encontrases allí una mujer execrable que bajo las murallas de Lila se complació ferozmente en el espectáculo que le proporcionaban las balas rojas...; pero no, esa mujer no tiene espera...

»En Bruselas ha de renacer la libertad bajo tus pasos...; los ciudadanos, los jóvenes, las mujeres y los niños se agruparán á tu alrededor. ¡Qué felicidad será la tuya, Dumouriez!...; mi mujer... es de Bruselas y ella también te abrazará!»

Dantón salió después con Dumouriez, del cual se había apoderado, y á quien hacía en cierto modo los honores de la república; y haciendo demostrado en París tanta energía como Dumouriez en Sainte Menehould, veíase en los dos á los salvadores de la revolución, aplaudiéndoseles dondequiera que se presentaban. Cierta instinto atraía á estos dos hombres á pesar de la diferencia de sus costumbres; eran los representantes corrompidos del antiguo y del nuevo régimen, asociados por el mismo genio y por igual afición á los placeres; mas su corrupción difería. Dantón tenía la del pueblo; Dumouriez la de los palacios; pero más feliz que su colega, este último había servido generosamente con las armas en la mano, mientras que Dantón tuvo la desgracia de mancillar su fama y su genio con las atrocidades de septiembre.

Ya no existían esos brillantes salones donde los hombres célebres gozaban en otro tiempo de la gloria, donde durante todo el siglo último fueron escuchados y aplaudidos Diderot, d'Alembert y Rousseau. Quedaba sólo la sociedad sencilla y escogida de madama Roland, adonde se reunían todos los girondinos, el apuesto Barbaroux, el ingenioso Louvet, el grave Buzot, el brillante Guadet y el elocuente Vergniaud, donde aún se oía un lenguaje puro é interesantes conversaciones, observándose costumbres corteses y refinadas. Los ministros se reunían allí dos veces á la semana para comer y el servicio era de los más sencillos. Tal era la nueva sociedad republicana, que sabía aunar el gracejo de la antigua Francia con la gravedad de la nueva, y que iba á desaparecer bien pronto ante la grosería demagógica. Dumouriez, que asistió á una de estas sencillas comidas,

experimentó al principio cierta cortedad al ver á los antiguos amigos expulsados por él del ministerio, y aquella mujer que le parecía demasiado severa, y la cual le consideraba como un licencioso; pero supo sostener tan difícil situación con su acostumbrado talento, comoviéndole sobre todo la sincera cordialidad de Roland.

Después de la sociedad de los girondinos, la de los artistas era la única que sobrevivía á la dispersión de la antigua aristocracia; casi todos ellos habían abrazado con entusiasmo una revolución que les vengaba de los desdenes nobiliarios, prometiendo favorecer sólo al genio. También quisieron agasajar á Dumouriez, y obsequiaronle con una fiesta, en la cual se reunieron los talentos de París; pero en medio de ella ocurrió un incidente singular, que además de interrumpirla produjo tanto disgusto como sorpresa.

Marat, siempre dispuesto á anticiparse á las desconfinzas revolucionarias, no estaba satisfecho del general. Delator encarnizado de todos los hombres que gozaban del favor del público, siempre había provocado con sus invectivas repugnantes los conflictos y disgustos de los jefes del partido popular. Mirabeau, Bailly, Lafayette, Petión y los girondinos fueron sucesivamente blanco de sus ultrajes, cuando aún gozaban de toda su popularidad. Desde el 10 de agosto, sobre todo, habíase dejado dominar por el desorden de su espíritu; y aunque repugnante para los hombres razonables y honrados, y extravagante cuando menos para los revolucionarios furibundos, estimulóle un principio de triunfo.

Por eso se consideró en cierto modo como un hombre público, esencial en el nuevo orden de cosas; su principal ocupación consistía en hacerse eco de cuantos rumores llegaban á su oído, propagándolos por medio de su diario, y en recorrer las oficinas para corregir los desmanes de los administradores con el pueblo. Al hacer al público ciertas confidencias sobre su vida privada, decíale cierto día en un número de su periódico (*Diario de la República francesa*, núm. 92, miércoles 9 de enero de 1793) que sus ocupaciones le agobiaban; que de las veinticuatro horas del día dedicaba sólo dos al descanso, y una á la mesa y los quehaceres domésticos; que además de las que consagraba á sus tareas como diputado, empleaba cuando menos seis en escuchar y hacer valer las quejas de una multitud de infelices y oprimidos, dedicando las restantes á leer y contestar una infinidad de cartas, á escribir sus observaciones sobre los sucesos, á recibir denuncias y asegurarse de la veracidad de ellas; y por último, á redactar su diario, cuidando á la vez de la impresión de una grande obra. Aseguraba que hacía tres años que no disfrutaba de un solo cuarto de hora de recreo.

Estremece el pensar lo que puede producir en una revolución una inteligencia tan desordenada unida á tan devorante actividad.

Marat pretendía no ver en Dumouriez sino un aristócrata de malas costumbres, del cual era preciso desconfiar; y esta opinión debió arraigarse en él cuando supo que el general había castigado con gran rigor á los individuos de dos batallones de voluntarios por el hecho de asesinar á varios desertores emigrados. Al recibir esta noticia, Marat se dirige á los jacobinos, denuncia á Dumouriez en su tribuna, y pide dos comisionados para ir á interrogarle sobre su conducta. De-